

LA AVISPA

DIRECTOR: FERNANDO MATEOS AGUIRRE

REDACTOR-SECRETARIO: ALEJANDRO PIZARROSO

5 Esta Redacción es defensora ardiente de la juventud literaria española é hispano-americana, y admite para su publicación cuantos trabajos cortos y aceptables, en prosa ó en verso, procedentes de la *gente moza*, se le envíen á tal fin. (No se devuelven los originales.) El que lo desee tiene derecho á reproducir los trabajos que publicamos, aun sin citar la procedencia, pero agradeceríamos que se citase.

3 CÉNTIMOS. — LA CORRESPONDENCIA AL GERENTE DON MARCIAL L. GUERRA. MADRID. BUZON CÉNTRICO, ALCALA, 23

REGALO DE 50.000 PESETAS

que hace LA AVISPA al afortunado de sus lectores que sea designado por la Lotería Nacional. (Véase la página 2.)



PEPITA SEVILLA

PRECIOSA 'DIVETTE' ESPAÑOLA DEL SALÓN DE ACTUALIDADES

(Fotografía de Amador, fotografiada en España, impresión de M. G. Hernández y papel de Sáinz Romillo.)

A NUESTROS SUSCRIPTORES
Y LECTORES
REGALO DE 50.000 PESETAS

Boletín del sorteo 31 Mayo 1901

para los residentes en la Península, Baleares y costa de Marruecos. Los de Canarias, Fernando Póo, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Extranjero, se le aplicará al sorteo del mes en que se reciba.

Sr. D.

calle , núm.

de

NÚMERO QUE INDICA

Córtese y envíese este boletín después de llenarlo bien claramente con el nombre, los dos apellidos, calle, número y punto de residencia.

Todos los lectores de LA AVISPA que aspiren a este regalo, deberán llenar el anterior boletín con su nombre y dirección, bien inteligible para evitar errores, e indicar un número cualquiera, desde el 1 al 31.000, que son los comprendidos en el sorteo de la Lotería nacional correspondiente al 31 de Mayo corriente. Una vez lleno, cortarlo y remitirnoslo, por carta los de provincias, y los de Madrid depositándolo en nuestro buzón, Alcalá, 23, siempre antes del día 24. Los suscriptores pueden indicar el número por carta, sin cortar el boletín, pues ya los tenemos anotados en nuestros libros, teniendo la facultad de escoger un número fijo para todos los sorteos, durante el tiempo en que estén suscritos.

Aquel de nuestros suscriptores ó lectores que haya indicado el número más aproximado al del premio mayor de dicho sorteo recibirá el regalo de MEDIO BILLETE DE LA LOTERÍA NACIONAL que se jugará el 28 de Junio próximo, y que en el caso feliz de salir agraciado con el premio mayor le corresponderán 50.000 pesetas, un verdadero capital en estos tiempos.

Para garantía, publicaremos todos los números que se indiquen en LA AVISPA que sale el día 30; pero han de enviarse los boletines antes del día 25, pues entra en máquina el número el 26. Como se comprenderá, no hay posibilidad de engaño ya que no pueden optar al premio más que los números publicados.

Cada lector puede enviarnos los boletines que quiera, consignando en cada uno un solo número. Así puede probarse la suerte tantas veces como se desee.

Los de provincias no tienen que franquear el sobre con sello de 15 céntimos; bastará uno de 14 de céntimo de peseta, enviando sólo el boletín en sobre abierto, ó bien cerrado cortada una punta, para que se vea el contenido, pues se considera como impreso.



Cuando este número salga a luz, se habrá celebrado ya las elecciones de diputados á Cortes en toda España, y á estas horas más de cuatro pelagatos podrán creerse como seres de superior condición que el resto de los mortales, por haber conseguido, mediante el tan acreditado procedimiento del *pucherazo*, la ansiada acta que les pone en situación de poderse codear con los prohombres de los partidos políticos y discutir con ellos como pudieran discutir con sus respectivas suegras.

Por supuesto que los que tienen más deseos de ir al Congreso para discutir sobre tal ó cual materia que según ellos dominan, van á las Cortes y no se atreven siquiera á pedir la palabra, y cuando lo hacen es para decir con entrecortada voz:

—Ruego á la Mesa una mi voto al de la mayoría.

Es verdad que algunos salen buenos oradores; pero raro es el diputado novel que se suelta en la primera legislatura.

Por si era pequeña la plaga que á los madrileños nos había caído con la proximidad de la reunión de Cortes, nos han alarmado estos días los periódicos de gran circulación con la triste nueva de que se ha presentado la langosta en las inmediaciones de Madrid, y á estas fechas ya han ido comisiones del Ministerio de Agricultura (con dietas, ¿eh?) para comprobar la existencia de la plaga y empezar los riegos de gasolina para su destrucción.

Ya que de plagas hablo, no me dejaré en el tintero la que hemos sufrido en estos últimos días.

Con motivo de la llegada de *isidros* á la corte han sido tantos los timadores, espadistas, tomadores, carteristas y ladrones que se han dedicado á ejercer sus lucrativas industrias, que han formado legión, constituyendo una verdadera plaga, y de las que mayores estragos causan.

Lo mismo se dedican á robar un modesto pañuelo, que á limpiar un alfiler de corbata; ante nada se detienen con tal de llevarse algo, y hace cuatro días un laborioso sujeto, amante sin duda de las obras escultóricas, se apoderó de una de las planchas de bronce que hay colocadas en el pedestal de la estatua de Moyano, en la Puerta de Atocha, plancha que pesaba nada menos que cinco arrobas.

Por supuesto, que para plancha la que ha hecho la empresa del Teatro Real, que anunció que había contratado á la Orquesta Filarmónica de Berlín, y ahora resulta que, si hemos oído en Madrid la música alemana interpretada de la magistral manera que la interpretan los músicos berlineses, se lo debemos al insigne director de la orquesta, Arturo Nikisch, y á sus ilustres profesores, que vinieron á Madrid espontáneamente.

Gracias á ellos hemos oído la música de Wagner, Mendelssohn, Bach, Beethoven, Berlioz y Mozart como jamás la habíamos escuchado, y aunque modesto, le tributamos un aplauso.

También lo merece y con gusto se lo damos la Sociedad El Fomento de las Artes, por la *Exposición madrileña de pequeñas industrias* que ha organizado y que hoy debe inaugurarse en los Jardines del Buen Retiro.

La idea es grandiosa; han concurrido á ella gran número de industriales peque-

ños, oscuros, ignorados, verdaderos artistas cuyas firmas no se conocen ni cotizan. Son los Pérez y García, los López y Fernández, algunos apenas se llaman Pedro, y, sin embargo, sus nombres deben conocerse, sus obras deben premiarse y, sobre todo, proclamar *urbi et orbe* que Madrid no es un pueblo holgazán que sólo vive de la empleomanía, sino que aquí existen artistas é industriales que trabajan, que valen y ¡triste es decirlo! que no comen.

Alejandro Pizarroso.

LA PROFECÍA

Cuando llegaron los bárbaros á Sicca, el descontento comenzó á apoderarse de todos; aquella marcha á que les obligaron los cartagineses parecían como un pretexto estudiado para deshacerse de ellos, ya que, concluida la guerra de Sicilia, para nada les servían, pudiendo de ese modo dejar incumplidas las halagüeñas promesas que les hiciera Amílcar Barca.

El Gran Consejo les prometió enviar un emisario con sus pagas, pero éste no llevaba trazas de llegar.

Además, antes de salir de Cartago, habían visto algunos retroceder á una vaca negra en un templo, lo cual era de mal agüero, y un soldado galo, exasperado por las proféticas palabras de la vieja sibila Taanach, que le anunció su muerte, quiso maltratarla, por lo cual lanzó ella sobre los mercenarios un terrible anatema.

Al cabo de algún tiempo, cuando, cansados de esperar, comenzaban á darse cuenta del engaño y discurrían el mejor medio para vengarse de la República, llegó el sufete Hannón, enviado por ella para distribuir entre los bárbaros parte del dinero que se les debía, y exponerles al mismo tiempo la apurada situación en que se encontraba Cartago, pues agotado el Tesoro por el tributo á los romanos y abandonadas durante la guerra todas las industrias, no tardaría en presentarse una época de calamidades casi irremediables aun con el esfuerzo de todos.

Sin embargo, la Asamblea de los ricos pensaba enviarles á la mayor brevedad lo restante, fletando, además, galeras que los llevasen á sus respectivos países.

Pero los mercenarios, desconfiados, pidieron que se les pagase todo en el acto, ya que en la ciudad eran muchos los que, deslizando su vida entre comodidades, guardaban avariciosamente sus inmensos tesoros, mientras se compadecían con lamentaciones hipócritas de la precaria situación del país; mas como contestase el sufete que los acuerdos de la Asamblea eran irrevocables, se arrojaron sobre él y su guardia queriendo aplastarlos, y lo hubieran conseguido indudablemente de no interponerse la sibila, que, con sus palabras, les hizo retroceder aterrados, mientras el sufete huía invocando la maldición de los dioses contra el ejército.

En vista de semejante proceder, decidieron ir sobre Cartago y, si los ancianos desoían su petición, saquearla y repartirse sus tesoros.

Pero aunque se presentaron en actitud pacífica, el miedo que se apoderó de los cartagineses hizo que los recibieran á saetazos y cerrasen las puertas de la ciudad.

El ejército bárbaro acampó cerca de la muralla, creyendo que al ver los púnicos hueste tan numerosa esquivarían una lucha que, á juzgar por el número de combatientes, había de ser muy desigual.

Un nuevo emisario mandado por el Consejo les convenció de que todo convenio

era imposible, pues á medida que ellos aumentaban sus reclamaciones, iban los cartagineses suprimiendo cuanto podían.

Y comenzaron de una y otra parte los aprestos para la guerra, en vista de que eran inútiles los razonamientos.

En el campo mercenario empezó un desusado movimiento de maniobras, emplazando frente á los muros numerosas torres de sitio provistas de toda clase de máquinas de guerra, mientras las murallas aparecían coronadas de ballistas y gigantes catapultas que lanzaban piedras de gran tamaño.

Sólo una persona parecía oponerse con todas sus fuerzas á que comenzara tan tremenda lucha: la sibila Taanach.

Había visto que el sufete Amilcar Barca, el mismo que en anteriores combates guiara á los bárbaros, iba á pelear ahora contra ellos, y aquel acto tenía en constante inquietud su espíritu.

Procuraba con sus predicciones y conjuros disuadir á los principales jefes de sus propósitos, llegando su empeño hasta intentar el entorpecimiento de las maniobras.

Pero á pesar de sus suplicantes ruegos y sus tremendas amenazas, la lucha comenzó terrible, sangrienta; poblóse el espacio de piedras, dardos, catias y bolas de arcilla y de plomo y en medio del confuso y horrible remolino de combatientes se vió á la sibila, cubierta con su mugrienta túnica, extendiendo los brazos como si intentara realizar el último esfuerzo para impedir la obra de destrucción.

Un certero dardo fué á clavarse en su pecho, y cayó de espaldas mientras gritaba á los soldados:

—¡Cesad, cesad! ¡Sois hermanos! ¡La sangre que inútilmente derramáis caerá sobre vuestros hijos como una maldición! —Y añadió con tono profético:—Sobre vuestros hijos, sí, que heredarán vuestras pasiones todas, conservando los poderosos la ingratitud y la soberbia, que excitan la ira y la envidia del necesitado y producen unidas las espantosas luchas que asolarán al mundo.

Dicho esto expiró.

La paz bienhechora no tenía nada que hacer en la tierra, pues la batalla se hallaba en su más encarnizada fase.

Han pasado bastantes siglos desde entonces; de aquellas populosas ciudades no queda más que algún trozo de muro casi imposible de identificar; aquellos torrentes inmensos y horribles de sangre sólo sirvieron para escribir una página en la historia; solamente la profecía de la sibila ha prevalecido.

Entonces nadie la tomó en cuenta; eran gentes sin civilización las que la escucharon.

¿Daría resultado en los actuales tiempos de progreso y de cultura una moderna y pacificadora Taanach?

JOSÉ MARÍA RATÉS.

A MARÍA

Yo no quiero más gloria que la gloria de vivir á tu lado eternamente, y cegarme en la luz de tu mirada y que loco de amor viviera siempre. No quiero más virtudes que las tuyas ni más coronaciones de laureles que tus besos unidos con tus frases me coronen de púrpura las sienes. Eres tú la que inspiras mis canciones, la estrella reflejada para siempre en el pecho del poeta que te canta, en el pecho del poeta que te quiere!

Ramón Gaztambide.

SUEÑO

Suéñe que me querías.
¡Qué hermoso sueño!
Y que de tus favores
era yo el dueño.
Que en mis amantes brazos
te aprisionaba,
abrasado en el fuego
de tus miradas.
Mas cuando vi, despierto,
la realidad,
hubiera preferido
no despertar.

Mariano Oller Alvarez.

A UNA MORENA

Mira el profundo mar lanzando airado
inmensas moles de agua en las alturas,
espinas del camino de amarguras
de los que á navegar se han dedicado.

Mira también el rayo que ha rasgado
del cielo azul las grises vestiduras,
dejando oír tras él voces tan duras
que hacen temblar al hombre más osado.

Vé igualmente del fuego lo terrible
cuando invade praderas ó ciudades
dejándose llevar de sus enojos.

¿Verdad que causa horror? Pues no es posible
que todo esto ocasione las maldades
que causas, niña, con tus negros ojos.

S. Juliá Martínez.

LA MODISTA

Elisilla la modista sale con sus alegres compañeras del obrador de Mme. Matine; en la puerta van dividiéndose en grupos para emprender la caminata hacia sus casas, riendo y bromeando; es la única hora de recreo que disfrutan en premio de su asiduo trabajo.

En cuanto pisan la calle, olvidan su penosa tarea y su cara recobra la alegría requerida por un rostro joven; unas se encuentran al novio que espera en la esquina próxima y, formando felices parejas, emprenden á paso lento el camino de su casa, buscando siempre algún rodeo que prolongue el idilio.

Observad á esas obreras que no piden nunca las ocho horas, ni se reúnen en meetings para protestar del exceso de trabajo y de la escasa retribución, y, sin embargo, ¡cuánto más podían alegar y con más derecho que otros! Ellas son más débiles que el hombre, son bellas y graciosas y su causa se miraría con más simpatía; son muy jóvenes para tener apego al trabajo; por eso, tal vez, hay tanta mujer desgraciada; ¡es tan tentador poder dejar una ruda y monótona labor, vestir con elegancia, divertirse y lucir alhajas!

A pesar de esto, fijas en que casi todas son alegres y despreocupadas y no parecen protestar del yugo que soportan; reparad en sus trajes, siempre limpios y arreglados, casi vestidos con coquetería. ¿Cómo pueden sustraerse de la influencia del perifollo, si se pasan la vida y se la ganan con él?

Las compañeras de Elisilla ya habían desaparecido, unas con el novio, y otras, que no le tienen ó no le desean, siguen joviales su camino, contestando con frases llenas de gracia y de intención al que las requiere. Ella, sola y despacio, continúa calle arriba. ¡Tampoco hoy estaba en la esquina! Ya hace dos semanas que no viene; pero ella todos los días aguarda impaciente la hora de la salida con la esperanza de verle, no puede resignarse á creer sea él como todos.

Sabe muy bien lo que son esa clase de amores entre estudiantes y modistas; lo sabe como todas sus compañeras; veréis muy pocas que tomen en serio esos amo-

res. ¡Son tan contados los que acaban en matrimonio!

Para ellas un novio señorito es un pasatiempo, casi una necesidad á su traje elegante y á su vivo ingenio; se amolda más que el de su clase, con el que pasado el tiempo se ha de unir. Elisa le conoció, como sucede siempre en esos casos, en la calle, en un día de lluvia, en que ella, sin paraguas, no tenía otro recurso que el refrán de «a mal tiempo buena cara»; él gallantemente la ofreció su amparo; comenzaron aquellas relaciones casi en broma, pero él tenía una palabra tan persuasiva, y tantos juramentos la hizo, que la pobre Elisilla perdió el juicio y creyó cuanto la decía; llegó á quererle, más de lo que nunca pensó; pero un día, cuando era mayor el cariño, él dejó de acudir á esperarla; ella sólo sufrió la contrariedad, achacándolo á una ocupación, ó tal vez una enfermedad; los días pasaron y no volvía, es más, no debía querer volver, pues si estuviese ocupado ó enfermo, como ella creyó al principio, la hubiese escrito; nada sabía, mas como su cariño era grande, rechazaba siempre la idea de que la hubiese engañado. ¡Cómo sufría la pobre! ¡Cuánta ilusión forjada en momentos de ventura caía ahora por tierra! ¡Cuántas historias inventaba su imaginación para disculpar al ingrato! ¡Qué deseos tenía de verle ó de convencerse si era engañada! Caminaba pensativa, no fijándose ni escuchando los piropos de los transeúntes que admiraban su hermosura. Al pasar por la iglesia de San José sintió deseos de entrar y pedir á San Antonio, su santo favorito, un término á sus pesares y á sus dudas.

Sube la escalera y al atravesar el atrio, queda sorprendida y muda de asombro; de la iglesia sale él acompañado de una elegante joven; atrás va una señora, al parecer la madre; van muy juntos y mirándose de un modo que no la deja dudar. ¡Conoce tanto aquel rostro en aquella actitud! Pasan junto á ella sin notar su presencia; sólo puede oír á la joven que dice: —¡Qué bueno es San Antonio! Entonces Elisilla exclama: —Sí, muy bueno, yo soy la primera en darle gracias. Y corre hacia la iglesia, mientras la amartelada pareja sube lentamente la calle de Alcalá.

Antonio F. Lepina.

AMOR DESPRECIADO

Lleva en tus alas, ¡oh viento!
aunque son imaginarias,
á mi adorada Rosario
mis amorosas palabras.
Tristes son, y siendo más
seguro que las rechaza,
pues á mi amor no responde
sin adivinar la causa.
Y ella sabe que la amo
cual nadie pudiera amarla,
que su desvío me hiere
y su desamor me mata.

Julio Cola Belver.

PREGUNTA

Dónde encontraría un hombre
á un sabio fui á preguntarle,
y me dijo: —No has de hallarle,
pues sólo existen de nombre.

Eduardo Muñoz.

LUZ Y SOMBRA

Risueño amaneció de Abril un día memorable en que, viendo de improvviso transformarse mi alma en paraíso, el premio de mi afán me sonreía. Pero ¡oh ventura efímera la mía! luego del hado el aquilón retumbaba, y su furor, que aún en mi oído zumba, tronchando de mi bien la enhiesta palma, convirtió el paraíso de mi alma en el negro recinto de una tumba!

Guillermo de los Santos Moreno.

IDILIO LÚGUBRE

Villaje estaba tranquilo. Acababan de dar las doce en el reloj de la vecina parroquia, y los honrados habitantes de aquel barrio dormían tranquilamente.

El silencio era completo.

De repente apareció en lo alto de las escaleras que desde el camino conducen á la iglesia un joven que, por su porte elegante y ademanes distinguidos, se veía en él el sello del que pertenece á una familia aristócrata.

Bajó pausadamente la escalera y siguió por el camino hasta llegar á una casa solariega, en cuya reja se detuvo.

Como por arte diabólico, y con ayuda de la luna, vi aparecer en la reja á una mujer joven y hermosa. Acercóse á ella el galán, sonó un beso, y entre suspiros, sollozos, lágrimas y juramentos apareció el sol con todo su esplendor.

Quise saber en qué quedaba aquella cita amorosa, y observé que éstas se repetían con frecuencia, á la misma hora y en la misma forma.

Un año ha transcurrido desde aquellas aventuras, y todo lo que entonces era dicha y felicidad es hoy lóbrego y triste.

Aquel galán, joven y robusto, que con tanto afán acudía á la reja, hoy, pálido y demacrado, con el corazón destrozado y muertas sus ilusiones, se consume poco á poco y ve llegar despacio, muy despacio, su postrero instante.

Ella, con alegría, hermosa más que antes y luciendo con aire coquetón ricos trajes, conquista nuevos corazones en salones, bailes, teatros y paseos.

EUSEBIO ROKISKI.

A UN ENVIDIOSO

(Soneto.)

A ti, crítico de mala muerte, te dediqué unos versos cierto día, creyendo que con tal galantería habías de agradarte y complacerte.

Pero tú, que en envidia estas muy fuerte, sentiste envidia por la musa mía, y mientras de tu enojo me reía soñabas con matarme. Por mi suerte, no llega á mí tu crítica burlona, y tus rebuznos, Zoilo, echo en olvido. Por la envidia fatal que te consume mi pecho noblemente te perdona, pues cual sándalo soy que, al ser herido, recompensa los golpes con perfume.

A. P. Bono.

A LA NIÑA CECILIA ACEÑA

Duerme, niña, que del cielo los ángeles bajarán; duerme, duerme que su vuelo hacia aquí dirigen con alegría y consuelo. Te mirarán con agrado, y los tendrás á tu lado velandote con amor, mientras el dulce sopor de ti no se haya apartado.

Aniceto Ransanz.

NOCTURNA

¡Oh, bellas noches de primavera, en que de estrellas se cubre el cielo, en que murmuran en la pradera el blando ceño y el arroyuelo! En el bosque, fresco y umbrío, cantan alegres los ruiseñores, y respirando calma y reposo lanza la luna sus resplandores. Si en tales noches, amada mía, allí á mi lado yo te tuviera, ¡saben los cielos con qué alegría yo disfrutara la primavera!

Pero es forzoso que me contente oyendo solo los ruiseñores y me sorprenda junto á la fuente de bella aurora los resplandores.

César Hispán.

AMOROSA

Déjame, Carmen querida, que sólo por un momento estreche tus manos blancas al compás de ardientes besos. Verás cómo nuestras almas, llenas de amor y contento, en estrecho abrazo suben hasta las naves del cielo.

Guillermo Gómez Fernández.

Enrique.

Dos meses hacía que Enrique estaba en la cárcel. Abrumado por el hediondo ambiente de la celda, la tétrica oscuridad y la monotonía de aquel profundo silencio, iba contando los días, las horas, los minutos...

Entumecidos sus miembros por la pegajosa humedad, flácido su cuerpo y demacrado el rostro, pasaba el tiempo tumbado en el petate, urdiendo en su mente los menos arriesgados planes para conseguir su evasión. Ansiaba la libertad porque tenía sed de venganza. ¡Cuántas veces, entre las sombras de aquel lóbrego tugurio, se le había representado la terrible escena por la cual estaba allí encerrado! ¡Qué bien recordaba él la noche aquella que, fingiendo salir de Valencia, los cogió en flagrante delito, á Carmen, su mujer, y á Pedro, el ladrón de su honra! Pero lo que más sentía era no haber partido el corazón á aquél infame.

Según había sabido después, la herida fué leve y á estas horas hacían vida conyugal, libres, gozando del amor... ¡Infames, ladrones!... ¡Ay de ellos en cuanto se viese libre!

Sus arrebatos, acrecentados por la fiebre que le producía la soledad, llegaban al colmo y le hacían cometer torpezas como la de querer arrancar á tirones la gruesa reja de la celda.

Si aquello hubiese durado mucho tiempo, el infeliz hubiera perdido la razón. Pero un día concibió un plan de evasión y su ánimo se concilió.

Su boca se contrajo en horrible mueca, sus ojos brillaron con extraño fulgor, y entre las tinieblas de la celda veía su plan concertado, la venganza satisfecha.

En la calle de Padilla acontecía algo grave.

La gente se agolpaba pugnando por entrar en el portal de una casa de bajo aspecto.

—¡Un crimen!—decían algunos.—¡Dos amantes asesinados!—exclamaban otros con estupefacción. Sangre corría por el suelo. Algunos, los más intrépidos, penetraban en la casa, quedando horrorizados ante el espectáculo que se ofrecía á su vista.

A la entrada de una alcoba una mujer en el suelo entre un charco de sangre. Mas allá, un hombre decapitado, su cabeza en un rincón completamente chamuscada... La noticia se esparció con rapidez por la vecindad. La gente retrocedía con espanto. Algunas exclamaciones se oyeron:—¡Carmen muerta! ¡Pedro con ella!... ¡Infeliz Enrique!

Aquella misma noche el yate *Condal* llevaba el ancla con dirección á América. En la rapidez de su marcha dejaba tras sí una estela blanca y espumosa. La suavidad

de la brisa saturada de emanaciones salitrosas, el límpido azul del firmamento, cuyas estrellas se reflejaban sobre el reposado mar y la luna, con su argentina luz, convidaban á permanecer sobre cubierta. Un viajero, apoyado sobre la banda de proa, aspiraba con delicia la suave brisa del mar y dirigía la vista hacia Valencia, sonriendo con la satisfacción del que acaba de realizar una gran empresa. Era Enrique, que huía, viudo, pero vengado del ultraje inferido á su honor. Y el vapor seguía mar adentro, con dulce vaivén... Sólo de vez en cuando, entre el ruido estridente de la hélice y el sonoro respiro de la máquina, se oían algunas exclamaciones de Enrique: ¡Granujas, pillos, miserables!...

SALVADOR GAMBORINO.

RECUERDO

A mi distinguido amigo

Alberto Gallego y García.

Por aquel jardín frondoso de hermosas flores cubierto, ella y yo solos marchábamos sumidos en gran silencio; iba cogida á mi brazo, y mirándome con celos, me decía temblorosa: ¡Más que á mi vida te quiero!

.....
Han pasado algunos años, la ingrata ha olvidado aquello, mostrándose ser infiel entre marcados desprecios.

.....
¡La miré lleno de rabia con honda pena en mi pecho, al ver que me aborrecía viviendo en mi su recuerdo!

G. García Parra.

ABRAZAR Á UNA MUJER

—¿Me da usted un abrazo, señorita?
—Me está usted insultando. ¡Qué grosero!

.....
Después oyese un vals en el piano, y la dama abrazaba al caballero.

.....
Con música un abrazo á una mujer es para todo el mundo una gran honra; pero, en cambio, si música no tiene aquel abrazo le sirve de deshonra.

Francisco Carmona González.

DÉCIMA

Niña pura y candorosa, alegre cual primavera, deja que por vez primera en esa cara preciosa, aún más fresca que la rosa, imprima un sello de amor, aunque se vea el rubor en tus mejillas rosadas, que es mucho lo que me agrada con tan hermoso color.

A. R.

EL MATRIMONIO

Soneto.

Un gato engarrafado en la nariz, un huevo en la garganta de través, un sembrado de granos en los pies y una sarna perruna por barniz.

Un dolor en las muelas de raíz, un divieso y sin fin otros después, unas llagas de un mes y de otro mes, un dogal con carlanca en la cerviz.

Un baño en cueros vivos de alquitrán, sinápsimos en parte no común, sentirse en el ombligo un alacrán, estar de un cocodrilo en marcomún y vivir cual murió San Sebastián: ese es el matrimonio y más aún.

Federico Trujillo.

El hijo.

El marqués B. recorría á largos pasos su elegante despacho, presa de una agitación nerviosa que en vano procuraba dominar. No era para menos. A los dos años de matrimonio con una mujer de hermosura sin igual, á la cual adoraba, su felicidad se interrumpía bruscamente para dejar paso á la horrible incertidumbre de los celos. Acababa de saber por la delación del cochero que su mujer le era infiel; todas las tardes, sin faltar una, desde hacía dos meses, la marquesa, después del paseo, se dirigía á una casa de miserable aspecto situada en sospechosa calle; en ella penetraba, permaneciendo más de dos horas; después, salía visiblemente alterada y recomendaba silencio al cochero, el cual, deseoso de alcanzar una buena recompensa, reveló todo al marqués. Este dudaba que su mujer, siempre tan amante, pudiese cometer una acción deshonorosa. Pero no había duda, con la revelación del delito le ofrecían la prueba. Si, lo sería; contaba con impaciencia los minutos, deseoso que llegase la hora para correr hacia la indicada calle y persuadirse si era cierta su deshonra. Consulta su reloj; aún faltan dos horas; pero el marqués no puede dominar más tiempo su impaciencia, y se dispone á salir; pronto va á convencerse si es cierta la traición. Con fría calma guarda en su bolsillo un pequeño revólver y sale dispuesto á vengar aquella afrenta.

Si... es ella. El marqués, oculto en un portal ve descender del coche á su mujer, la cual, después de dirigir en torno suyo una recelosa mirada, se interna en las penumbras del estrecho portal.

El marqués no duda un momento, reprime la fuerte emoción que le domina, y se lanza frenético tras su mujer; sube la tortuosa escalera y al llegar al piso tercero se detiene anhelante un momento, al distinguir, á través de la entreabierta puerta, á su mujer que estampa sonoros besos á alguien que él no puede ver.

Después de un momento de vacilación, el marqués abre con impetu la puerta. En vez del odiado amante, del rival que estaba dispuesto á aniquilar, ve á su esposa que estrecha en sus brazos un niño; ella lanza una exclamación de sorpresa al ver á su marido, mas al notar la actitud amenazadora de éste, se dirige á él resueltamente diciendo:

—¿Acaso vienes aún amenazador y guiado por los celos? Pues bien, mira mi conducta y aprende á desterrarlos. Este es tu propio hijo, el tuyo, fruto de tus adulterinos amores, el que tú abandonaste. Dejas morir á la madre y olvidas el hijo; yo he sido su único amparo, y desde hoy seré su madre... Ahora júzgame como gustes.

El marqués, hondamente conmovido, abrazó á su mujer y lloró copiosamente.

A los pocos instantes marchóse el matrimonio, llevándose al que desde entonces había de ser su hijo.

ANTONIO FERNANDEZ.

QUIÉREME

Yo soy, vida mía, el ser que más te quiero en el mundo; mi amor es grande, profundo y constante mi querer. Quisiera hacerte entender que te amo con ilusión, que tuyo es mi corazón, y que si tú no me quieres es que á mi dicha prefieres que pierda yo la razón.

Ricardo Gómez.



Las empresas de teatros y circos, aprovechando la estancia de los *isidros*, están haciendo un buen agosto sin necesidad de dar variedad á los carteles, logrando por la circunstancia apuntada vender todas las localidades. Así es que, por falta de asunto, forzosamente hemos de ser muy concisos.

En la pasada decena no ha habido más novedad, digna de especial mención, que el beneficio en Apolo de la tiple de carácter D.^a Pilar Vidal, en cuya noche, además de tres obras de repertorio, se estrenó la zarzuela en un acto «A estudiar á Salamanca», original de los Sres. Luceño y Vives, que no gustó. La beneficiada fué aplaudida y recibió muchos regalos.

La compañía que dirige Chicote y actuaba en Romea, ha pasado al teatro Moderno, y con este motivo acude distinguido público á celebrar y aplaudir la gracia y talento de Loreto Prado.

Y, por último, ha hecho su presentación en la Princesa una compañía de opereta francesa, proponiéndose dar diez funciones sin repetir ninguna obra. Traen un buen repertorio, y se compone la compañía de los mejores artistas de este género. Hago punto y firmo.

Diego Garvi.

En provincias.

Alcalá de Henares (Madrid).—El domingo 12 se celebró la fiesta de las Santas Formas y actuó en el Salón Cervantes una compañía de zarzuela, poniendo en escena «El mantón de Manila», «Los cocineros» y «La banda de trompetas».

El teatro estuvo completamente lleno, concurriendo á la función todos los alumnos de Ingenieros, pues ese día pernoctó la Academia en esta población.—R. Brigo.

Barcelona.—Como anuncié en mi última, debutó en Novedades el genial artista Leopoldo Frégoli ante un público numerosísimo que llenaba por completo el local. Representó «Eldorado», ya conocido en Barcelona, y «9-23», pasillo muy gracioso, en que demuestra una vez más sus extraordinarias facultades de ligereza y transformación. Como repertorio nuevo trae «L'Onestá», «Faustino» (parodia de Faust) y alguna otra. En todas sus creaciones es aplaudidísimo, especialmente cuando interpreta una cantante francesa de Eden Concert en «Eldorado».

Estrenos: en Eldorado, «Jaque á la reina», de Sinesio Delgado y Montero; éxito pasajero: en el Tivoli, «El Presilari», zarzuela valenciana de Eduardo Escalante y maestro Peydró, que obtuvo un éxito franco y consistente.—A. P.

Valencia.—Principal.—En breve debutará en este teatro la compañía que dirige el Sr. Fuentes, la cual pondrá en escena, entre otras obras, el último drama de Galdós, «Electra». Se asegura una buena temporada.

Apolo.—El público valenciano demuestra su buen gusto acudiendo á este favorito teatro, donde se representan obras tan hermosas como «Catalina», «El molinero de Subiza» y las más notables del repertorio correspondiente á la zarzuela grande. Como los artistas que componen esta compañía son inmejorables, no es extraño que las obras resulten tan bien in-

terpretadas y que el público aplauda justamente la delicada labor de estos artistas.

Rusafa.—Se ha celebrado el beneficio de Agapito Cuevas con la obra «Mar y cielo». El distinguido actor rayó á gran altura, dando evidentes señales de su reconocido talento. El teatro estaba lleno, la interpretación de la obra resultó perfecta, y el Sr. Cuevas recibió muchos aplausos. Al final de la obra, el beneficiado, lleno de gratitud y emocionado por la cariñosa ovación que el público le tributaba, dió las gracias en breves y sentidas frases.—El Revistero.

ROJIZA

A Antonio la Rosa Díaz.

Me acuerdo, niña hermosa, de tus amores
porque ellos hoy me calman grandes dolores.

De lo que era en el mundo pena y dolor
no sabía lo que era; sólo el amor
que en mi pecho reinaba me hacía que vie-
ra un delicioso ambiente de primavera.

Por eso, si hoy me acuerdo de tus amores,
es por olvidar sólo más sinsabores;
que el primer desengaño me es ya me-
quino con otros que me ha dado mi infiel destino.

Pues igual que en la vida pasan los años
cada vez son mayores los desengaños.

Alberto Gallego García.

RETAZOS

Padece ha tiempo Servando
de muelas fuerte dolor,
pero siempre está nombrando
á Salud, su h'ja menor.
Por lo cual su amiga Irene
dice con razón: —Me choca
que se queje, cuando tiene
siempre á Salud en la boca.

Rodrigo Orta.

¿QUÉ ES UNA MUJER?

Es la mujer flor de un día,
que oculto lleva en su seno
ó el más activo veneno
ó la más pura ambrosía.
Triste el que sólo se fia
de su aroma y su color;
feliz el que, previsor,
busca con solicitud
la savia de la virtud
ó el perfume de su amor.

Juan Emilio Franco Tello.

TU ALMA

Tienes el rostro blanco,
las manos blancas
y la tez de tu seno
es nacarada...
Y, sin embargo,
el alma tienes negra
de los pecados.

—Veinte veces he leído
el artículo de Díaz.
—¡Jesús! ¿Tanto te ha gustado?
—¡Si es que yo no lo entendía!

Eduardo de Ory.

ATOMOS

No me recuerdes sus juramentos,
porque al oírlos se me figura
que estoy metido dentro de un hoyo
y que entre salmos cierran mi tumba.

Cuando alguien te diga de otro:
«No le hagas caso, es idiota...»
echa á correr, que esos bichos
son los que más emponzoñan.

Antonio Soler.

A mis dignos compañeros los colaboradores de «La Avispa».

Veo mis vaticinios realizados: llegase á coronar mi pensamiento de hallarme entre muchachos de talento, de inmenso amor al arte subyugados.

Seguir de la conciencia los dictados, que ella de luces os dará un portento, haciéndoos merecer al propio intento ser de la sabia crítica admirados.

No temáis en subir por la pendiente que os brinda con un mar de aspiraciones ¡Eso es para vosotros fácilmente! ¡Arriba vuestros dignos corazones! Que al fin ser lograréis valientemente de las musas ilustres campeones.

Enrique Fuch.

CUARTELERA

Viendo el general Centeno que el sargento Monredón hacía mal la instrucción, le dijo con voz de trueno: —¿Quién ha sido el animal que lo hizo á usted sargento? Y éste respondió al momento: —Vuecencia, mi general.

José María Gallego.

EPIGRAMAS

—Padezco mucho, no tengo un diente que no me duela. Fíjate bien y verás cómo todos se menean. —A mí me duelen también. —¿A ti teniendo tan buena dentadura?... —¡Los que digo son los dientes de mi suegra!

Eduardo Guillar.

Mientras la hermosa Librada sale en coche de paseo ó va al baile del Liceo, yendo siempre acompañada del ricacho D. Tadeo, pasa los días su marido la ventriloquia estudiando, y del becerro el mujido ó del carnero el balido ya va muy bien imitando.

A. Delgado Castilla.

A visitar Cartagena dijo que iba Juan, el Zoca, y alguno que le escuchaba le preguntó, no sin sorna: —¿Te llevas á la familia? —No, sólo voy con la esposa.

Juan Francisco García.

SONETO

Dedicado á la encantadora Srta. María Coquillat.

Rompe el tul que te envuelve, prenda mía, y al surgir tu escultura de alabastro, la mortal pesadumbre que hoy arrastro verás trocarse en olas de alegría.

Tú, que de esta tenaz melancolía puedes borrar el enervante rastro; tú, que fulguras con la luz de su astro, que ahiégales de amor las almas guía, no me niegues tu olímpica hermosura, otórgame por fin de cuerpo y alma y dame en cáliz de afrodísia impura la posición de exquisitices lleva, ó el filtro que la sed de amores calma, ó el tósigo que inflama y que envenena.

Rodrigo López.

CANTARES

No puedes comprender, niña, los tormentos que me das, pues viendo que tú padece, yo padezco mucho más.

Del pino sale la piña y de la piña el piñón, y el amor que te profeso sale de mi corazón.

Anselmo J. de Ilaro.

Lo mismo es tu caviño que un destino del Gobierno: suele durar solamente hasta que viene otro nuevo.

De las fatigas mayores ninguna como tener un destino de un Gobierno en vísperas de caer.

Cuando algún suspiro exhalas, de seguro que en el cielo los ángeles se atropellan y regañan por cogerlo.

Esteban Caballero.

Aprendí contigo á amar y sé por ti aborrecer; saber no ocupa lugar y siempre es bueno saber.

Juan Manuel Palacios.

Son todas las mujeres unas veletas; según vienen los vientos, así dan vueltas. Hoy quieren á uno, mañana quieren á otro, luego a ninguno.

A. Planol.

Mira, niña, mírame, mírame, por compasión, mírame, aunque tus ojos no los pueda mirar yo.

Luis Pablo Crespo.

Mucho he de sentir tu muerte por lo mucho que te quiero, pero más lo sentiré si me cuesta á mí el entierro.

Luis Mani Molero.

Unicamente le pido á Dios no volver á verte, no sea que, arrepentido, vaya otra vez á quererte!

Luis Vlor Pascual.

Mi corazón es la urna donde guardo las cenizas de aquella pasión tan pura.

Al pie de tu celosía llegué anoche, te asomaste y creí que amanecía.

Me tengo un odio de muerte, porque no debo querer aquello que tú aborreces.

R. García Moreno.

Traté un día de olvidarte para amar á otra mujer, y mi corazón me dijo no sabía aborrecer.

G. G. F.

Mujer que pase de treinta y no haya tenido amores, ó es seca de corazón, ó es tonta de capirote.

Elisa Casas.

Si quieres vivir tranquilo y no conocer las penas, olvida lo que es decoro y abandona la vergüenza.

A. de la Vega Chaves.

CORRESPONDENCIA LITERARIA

M. R.—El soneto tiene varios defectos de difícil corrección.

C. R. M.—Tiene muy poco interés, y usted puede hacer cosas mejores.

C. H.—Sacedón.—Se publicará.

J. A. R. S.—Le encontramos varios, y como no son fáciles de corregir... Envíenos otra.

D. H.—Alcajos.—Lamentamos no poderle complacer en esta ocasión; pero una resulta inocente, y otra un tanto libidinosa.

A. P.—Publicaremos uno.

F. S.—Se publicará, pero procure cuidar más los asuntos. Tiene usted facilidad.

M. H.—Medidos con un cordel le hubieran resultado mejores versos.

S. A.—Cangas de Tineo.—Esperaremos la llegada de los nuevos trabajos que envía, porque éstos son algo defectuosos.

J. M. G.—Barcelona.—Aprovechamos una.

E. G. G.—Efectivamente, son cortos; pero también poco interesantes.

F. C. G.—Se publicará, pero procure no abusar de consonantes como los del sexto y octavo verso.

Prometheo.—Está bien hecho, pero mezclar el cielo con la taberna es de poco gusto. Envíe otra cosa.

N. G. del O.—No le pediríamos á usted otra cosa, pero si que estudiara un poco antes de hacer sonetos heptasílabos y cantares con versos de todos tamaños.

L. P. C.—Publicaremos el cantar.

E. P.—Se publicará.

E. M.—Nada tiene que agradecernos. Aprovechamos una.

L. M. M.—Haga suya la anterior contestación.

A. L.—Espiel.—Fíjese usted y verá que aparecen mezclados asonantes y consonantes, cosa que no debe ocurrir.

R. O.—Se publicarán.

S. J. M.—Valencia.—El soneto se publicará.

A. T. S.—Jitiba.—Procuraremos acortar una de las poesías que remite y se publicará.

G. G. F.—Algo va en este número. Necesita ser muy bueno para que hagamos la excepción.

P. R.—Procuraremos modificar algo y se publicará.

A. R.—Queda complacido.

J. M.—Las cuarteleras no son aprovechables.

L. V. P.—Todo es mediano. Sólo aprovechamos una estrofa que resulta muy bonita.

A. G. G.—Complacido.

E. H.—Modificada, publicaremos una.

R. G.—Muy bonito; se publicará.

E. P.—Por lo mismo que usted es de los que más trabajan y con más fortuna, nos permitimos recomendarle lea nuevamente los tercetos del soneto, confiados en que nos ordenará que hagamos lo que con el artículo. ¿Verdad que no está muy claro ese final?

E. J.—Espiel.—El soneto de su amigo tiene muchos defectos.

E. G. G.—Conformes con que el Marqués viviera en un hotel de la Castellana, y con que fuese viudo; pero de ahí á que su esposa diera á luz seis meses antes del parto... Ya comprenderá usted que diciendo eso en el primer párrafo de su artículo, no debemos seguir leyendo y no leemos.

A. F.—Los versos están bien medidos, pero no dicen nada.

J. R. J.—Valencia.—El artículo tiene poca novedad, y en cuanto á la poesía, tiene el defecto de no aconsonantar algunos versos. Usted sabe hacer cosas mejores.

B. C. I.—Viladecans.—Como método curativo podrá ser bueno; pero como epigrama resulta del color de la esperanza. Man de otro trabajo y le complaceremos.

P. Layo.—Ya habrá usted visto que

hemos empezado á publicarlas y haremos lo mismo con las restantes. Reúne, sin duda alguna, envidiables condiciones.

J. H. R.—Resulta algo largo, y como disponemos de poco espacio... Envíenos otro trabajo más corto.

J. L.—Tan solo por complacerle leímos su «Menudencia», y nos pareció muy mal una *h* que había en *hella*.

G. G. P.—Aprovechamos la poesía tan sólo.

J. M.—No se comprende que un huérfano que siendo niño tiene que trabajar para vivir, y no tiene pan para su hijo, que se ve obligado por la miseria á cometer un delito, diga de buenas á primeras: ¡Qué hermosa sociedad! Es preciso cuidar más los asuntos.

A. Ll. P.—Hay que ser lógicos, joven. Nadie pide en un restaurant gallina muerta, á no ser usted que la necesitaba para aconsejarnos con puerta.

J. C. B.—Valencia.—Aprovechamos una; la otra tiene algunos defectos difíciles de corregir.

A. S.—Puerto Rico.—Se publicará.

A. R. M.—Valencia.—Está escrito con soltura, pero aparece muy diluida la idea. Envíenos otro trabajo corto.

A. C.—Las charadas no sirven.

M. F. L.—Las que usted envía tampoco sirven, y en cuanto á los refranes descompuestos son demasiado sencillos.

F. J.—Buenos Aires.—Se publicará en el número próximo.

A. R.—Será usted complacido.

G. S. H.—Lima.—Publicaremos los dos sonetos. El artículo es demasiado largo.

CORRESPONDENCIA DE ENCARGOS

Nuestros suscriptores tienen derecho á que se les ejecute gratuitamente cuantos encargos puedan convenirles en esta corte. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos; de no, se les responderá en esta sección.

P. S.—Pedrola.—Queda hecha la renovación de la suscripción de usted á la edición ilustrada de LA AVISPA, que finalizará el 10 de Enero de 1902.

R. P. G.—Rianjo.—Los ejemplares de la obra á que usted se refiere cuesta cada uno 2 pesetas, mas 0,50 por tomo por gastos de franqueo y certificado.

Dichos libros le serán remitidos tan pronto usted nos envíe los fondos necesarios.

S. L.—Gandia.—Las dos alianzas que usted desea con la inscripción que indica en oro de ley no bajarán de 40 pesetas.

Si se decide á adquirirlas, remita fondos con la anticipación necesaria para proceder al grabado de las inscripciones.

R. L.—Pontevedra.—Se ha tomado nota del número fijo que usted desea para optar al regalo mensual que hace LA AVISPA á sus suscriptores y lectores.

B. M.—Algeciras.—Tomamos nota del encargo que nos hace, quedando en participarle el resultado de nuestras gestiones. La suscripción de usted no termina hasta fin de Junio próximo.

P. O. S.—Santander.—Ha sido hecho efectivo el recibo que nos remitió, pudiendo disponer como mejor le plazca de las 25 pesetas que obran en nuestro poder.

M. G.—Almagro.—No podemos manifestarle á usted cuanto daran por el objeto que desea vender, porque para que haya oferta se hace preciso tener el objeto á la vista.

Si usted no tiene inconveniente, puede remitirle y procuraremos darle salida, dándole noticia del valor que ofrecen antes de cerrar trato.

M. M. M.—La Zarza (Valladolid).—Quedan entregadas las 20 pesetas que remitió, según recibo que obra en nuestro poder y á su disposición.

La receta contra las hormigas se publicó en el núm. 47, del 30 de Abril.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nuestros suscriptores pueden pedirnos gratuitamente las fórmulas que deseen de todas las industrias y cuantos procedimientos sean conocidos en todos los ramos del saber. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos de peseta.

También nos encargaremos del envío económico de cuantas sustancias y aparatos puedan necesitar.

Pasta para componer la porcelana.—La mezcla de óxido y de cloruro de zinc da una pasta blanca que se endurece y utiliza para la reparación de las porcelanas.

Proceder con que se hace más fuerte la loza.—El modo de hacer que las piezas de loza y porcelana no sean tan quebradizas, es meterlas en una lejía común de cenizas y hacerlas hervir luego una ó dos horas. Las sales de la ceniza, petrificándose en los poros de la loza, la hacen mas compacta y preservan su esmalte de cuantas grietas podría abrir un calor excesivo.

Caldo muy bueno y nutritivo que puede hacerse en menos de una hora.—Tómese una cuarta parte de libra de ternera, córtese en pedazos pequeños como dados y póngase en una cafetera con media azumbre de agua y una cucharada de arroz. Reducida el agua á la mitad, se echa del fuego la cafetera, se exprime la ternera y el arroz, se cuele el caldo y se deja un momento en reposo.

Modo para impedir que el agua entre en los zapatos.—Licuense juntas en medio azumbre de aceite sin sabor dos onzas de cera virgen, dos de trementina y una y media de pez grasa de Borgoña; fróntense los zapatos nuevos con esta composición á alguna distancia del fuego y repítase la operación tantas veces como se seque el calzado.

Para impedir que el aceite eche humo.—Póngase en el fondo de la lámpara agua destilada de cebollas y encima échese el aceite, con lo que se evitara que arroje humo.

Modo de conservar las criadillas de tierra.—Estas se conservan perfectamente lavándolas primero con agua y vino y metiéndolas en seguida en vinagre. Cuando se quiere conservarlas se ponen en remojo con agua para quitarles la acidez que haya podido comunicarse el vinagre.

Loción jabonosa para desengrasar el pelo.—Tómese media taza de agua tibia y échese en una salvilla; póngase después en remojo por algunos instantes jabón de tocador algo aromatizado, agítese un poco hasta que el agua forme espuma; entonces, separando las mechas de cabellos, lávense por todos lados con una esponja humedecida con agua de jabón.

Si acaso durante el lavado se enfriase el agua, se le añadirá caliente hasta que se entibie.

Limpio ya el cabello, se enjugará con un lienzo algo caliente, alisándolo después con el cepillo.

Para volver blanca la ropa manchada con la plancha.—Échese en un puchero un cuartillo de vinagre y dos onzas de tierra de batanar; añádanse, después de mezcladas estas dos sustancias, una onza de galleta y media de jabón duro; exprímase luego sobre estas materias el jugo de dos cebollas comunes, agítense bien esta composición hasta que tome consistencia y en seguida puede hacerse uso de ella, frotando con un trapo la parte de la ropa ennegrecida por la plancha, con lo cual volverá á recobrar su blancura primitiva.

SECCIÓN RECREATIVA.

Las soluciones á los pasatiempos publicados en nuestro número anterior son como sigue:

- 1.º—CALVINO
- 2.º—CONSUELO
- 3.º—EMILIA
- 4.º—MARGARITA
- 5.º—ASUNCION MIRALLES
- 6.º—CARAYANA

Habiendo dado soluciones conformes con Octavio Mateos, D. Antonio Torres, doña Basilia Cela, Pepe y los oficiales de la Corredera, D. Auspicio Relea, D. Alberto Gallego, D. Sebastián López Arrojo, D. Bernardo Ruiz del Olmo, Ricardito, Malaguita, Señora hombre, Un pincha fardos, Dos que todo lo saben, Los dos poetas zurdos, Titicaca, Un morral, Dos aspirantes, Pepito el Chepa y D. Benito Torrente, de Madrid; D. Antonio Mesa Vallejo, de Granada; D. César Valencoso, de Casasimarro; D. Enrique Garrigós, de Murcia; D. Antonio Arroyo, de Málaga; D. Julio Cola Belver, de Valencia; D. M. Bernal, de Berzocana, y don Ramón Liébano, de San Sebastián.

PASATIEMPOS

CHARADAS

1.º

Una primera segunda entró en casa de una cuarta, y ésta, con una *tres* dos, rompió a la pobre una pata. Mi *to* o, lector querido, es fruto muy aseado, pues ya sea verde, sea seco, siempre e-tá muy resguardado.

Julio Cola Belver, de Valencia.

2.º

Tercia cuatro prima dos hermosa todo y te amo, no por tu prima tercera, sino por tu gracia y garbo.

Manuel Bernal, de Berzocana.

3.º

Jamás ante otra nación los *prima* dos *tres* primera harán valer su razón mientras Dios darles no quiera barcos que infundan respeto... con poderosos cañones, y el *dos* *tres* siempre repleto de excelentes municiones.

Sebastián López Arrojo, de Madrid.

4.º

Es mi *prima* con *segunda* color vivo por demás, siendo *segunda* con *tercia* adverbio de cantidad, y mi resultado ó *todo* una hermosa capital.

César Hispan, de Sacedón.

5.º

ROMBO

.....

.....

.....

.....

Sustituir los puntos por letras, de modo que vertical y horizontalmente se lea:

- 1.º—Consonante.
- 2.º—Corriente de agua.
- 3.º—Matador de toros.
- 4.º—Metal.
- 5.º—Vocal.

Jullán Martín, de Madrid.

6.º

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

2 Líquido S

Alberto Gallego García, de Madrid

Todos los que remitan á esta Gerencia una solución antes del día 29 del actual mes de Mayo tienen derecho á adquirir por la mitad de su valor uno de los libros que editamos y que van detallados en el catálogo especial reservado que, enviando un sello de 15 céntimos, remitimos bajo sobre cerrado, pues por su índole especial no puede mandarse como impreso.

A. BORRÁS.

LAS HIJAS DE LA LUNA

POR PAUL FEVAL

33

(Continuación.)

—Eres un buen muchacho—exclamó Blas—y serás bien pagado.

—En cuanto á eso—replicó Bibandier,—á su debido tiempo fijaré el precio. ¿Dices que corre mucha prisa? Pues partamos. Blas no se movió; parecía que su antiguo camarada hablaba con demasiada sencillez de un asesinato.

—¡Ah!—replicó con tono de duda.—¿Estás seguro de que no te faltará el valor? Son muy jóvenes y extremadamente bellas.

—Nada me importa esto... No digo que me serviré de mi cuchillo con esos pobres querubines... Espero que se me dejará en libertad de escoger el modo.

—Con tal que lo hagas, carta blanca.

—Lo haré.

—Entonces ven—dijo Blas poniéndose en marcha hacia Port-Corbeau.

Durante el camino acabaron de enterarse y Bibandier decía al llegar al sitio de la barca:

—Quedaréis contentos de mí. Sólo me hacen falta dos pañuelos y algunas varas de cuerda... Pero el Americano no está solo; ¿quién demonios está con él?

Delante de la barca, cuya amarra estaba ya suelta, había, en efecto, tres hombres de pie.

Sólo Roberto tenía descubierta el rostro; los otros dos lo ocultaban cuidadosamente bajo las anchas alas de sus sombreros de aldeanos.

Bibandier saludó respetuosamente á Roberto, aparentando no reconocer á los otros dos, y saltó el primero en la barca.

—Conozco algo las costumbres de esos angelitos—murmuró.—Habrán pasado el río en su batel, que debe estar amarrado bajo los sauces.

Se apoderó del gancho y guió la barca hacia el punto que acababa de indicar.

—¿Qué os decía yo?—exclamó alegremente.—¡Aquí está el batel!

Inclinóse hasta coger la proa de la barquilla, cortó la amarra y dejó que se deslizase llevada por la corriente.

—Cuando los querubines quieran volver á pasar el río—dijo sonriendo—es cuando serán atrapados.

Hacia cerca de diez minutos que Elena y Diana habían atravesado el Oust en el batel hallado por Bibandier bajo los sauces.

No era la primera vez que las dos hijas del tío Juan corrían un peligro próximo y terrible; pero en aquellos momentos, á pesar de saber que ni su sexo ni su juventud las defenderían de la cólera de aquellos hombres, experimentaban cierto infantil orgullo al ver que se las temía hasta el punto de emplear contra ellas medios no usados más que contra hombres.

Sabían ya dónde se encontraban los papeles que más comprometían á Penhoel, y con la ayuda de Dios, si se les daba tiempo para obrar, aún podían salvarle.

Al saltar sobre la opuesta orilla se internaron en la inmensa pradera, por cuyos pastos vagaban en libertad los ganados de Glenac, y gritaron varias veces:

—¡Pequeñito!... ¡Juguete!...

Algunos minutos después dos pequeños caballos, medio salvajes, detenían su galope frente á las dos hermanas, y éstas se lanzaron sobre sus lomos.

Juguete y Pequeñito eran dos bretones negros y robustos, que á la voz de las dos

jóvenes corrían como un torbellino, saltando zanja y barrancos.

Diana y Elena no se inquietaban por los obstáculos del camino; agarradas á la crin de sus caballos devoraban el espacio, franqueando en pocos minutos la legua de distancia que les separaba de la casa de Mr. Lehvain.

A causa de la festividad del día, sólo había quedado en casa del abogado una criada, que dormía; así es que las dos hermanas pudieron escalar fácilmente la tapia y penetrar en el despacho de Mr. Lehvain.

Pocos momentos después volvían á salir, triunfantes, llevando Diana en el pecho una cartera con los documentos tan deseados.

¡Con cuánta rapidez palpitaban sus corazones al saltar otra vez sobre el lomo de sus caballos!... ¡Con cuánta alegría acariciaban el cuello de los nobles animales, haciéndolos correr á los gritos de:

—¡Vuela, Juguete!

—¡Vuela, Pequeñito!

¡Cuán felices eran!

A la mitad del camino Diana detuvo de pronto su caballo.

—Pienso—dijo—que deben esperarnos por este camino.

—Pasaremos por entre ellos—contestó Elena con tono fanfarrón.

—¿Y si nos impiden el paso por Port-Corbeau?

—No es por mí por quien tengo miedo—replicó Elena,—sino porque ahora tenemos que guardar un tesoro.

—Pues bien, subamos hasta los Houssayes... Pasaremos por el puente del molino.

La decisión era buena. Las dos hermanas cambiaron de dirección siguiendo al galope el camino de los Houssayes, pero al llegar cerca del agua vieron ocupada la cabeza del puente por dos hombres en quienes creyeron reconocer á Mr. Roberto y al marqués.

—Tomemos campo—dijo Elena y pasemos.

—Mejor será pasar ahora por Port-Corbeau—replicó Diana;—siempre tendremos tiempo de volver.

Volieron á emprender su carrera por la orilla del río, hasta llegar al paso de la barca.

Nada inspiraba sospecha entonces en aquel sitio; Diana y Elena bajaron de sus caballos y se adelantaron hacia los sauces.

—Aún vamos á tener tiempo de bailar una contradanza—dijo Elena alegremente.

Diana separó las ramas del sauce lanzando una exclamación de sorpresa: sentados sobre la yerba había tres hombres que, levantándose de un salto, se arrojaron sobre las dos hermanas, atándolas y tapándoles la boca con un pañuelo.

Al regresar Roberto y Pontalés del puente de los Houssayes, adonde habían ido para evitar el paso de las jóvenes, hallaron ya á éstas tendidas de espaldas y fuertemente atadas en el fondo de la barca.

—¡Ah! ¡ah!—decía Bibandier probando las cuerdas.—Ya está todo en regla y los dos querubines estarán aquí tan cómodos como en sus lechos.

—¿Tenían los documentos?—preguntó vivamente Roberto.

—Sí por cierto; venían de saquear el despacho del señor embrolla-pleitos.

—Dámelos—dijo Roberto alargando la mano.

Bibandier le rechazó suavemente.

—Nadie se los va á comer—dijo.—Cuando todo esté arreglado daré la cuenta; hasta entonces paciencia.

—¡Quiero esos papeles!—repitió Roberto con imperioso tono.

—Yo quiero que me dejes en paz—mur-

muró el bandido,—y si no me planto y tú procurarás acabar el asunto.

—No insistáis—murmuró Pontalés al oído de Roberto;—ese hombre quiere algunos luises más y se los daremos.

—Ahora, señores—dijo Bibandier,—hacedme el obsequio de desearme un buen viaje. Voy á partir.

Tomó el gancho y agitó el agua.

La luna, que aparecía en aquel momento entre las nubes que cubrían el cielo, mostraba la gracia exquisita de los cuerpos de Diana y Elena y sus pálidos rostros, en que se leía la resignación del martirio.

—Señores—prosiguió Bibandier separando el barco de la orilla,—voy á daros un consejo... La fiesta continúa en el castillo... Creedme, id á dar algunas vueltas de vals; siempre es bueno tener presente la coartada.

Luego, volviendo á acercarse precipitadamente el barco á la orilla, exclamó:

—Hacedme aún otro obsequio, si gustáis. Olvidaba embarcar dos piedras para impedir que los angelitos suban á flor de agua.

Un sudor frío corrió por las sienes de Pontalés, mientras Blas acercaba las dos piedras.

Bibandier volvió á emprender la marcha, contemplando los cuatro compañeros cómo la barca se deslizaba tranquila sobre la superficie de las aguas.

¡POBRES NIÑAS!

Roberto, el marqués y sus dos compañeros se dirigieron al castillo silenciosos y emocionados á pesar de su maldad.

Al pasar por delante de la cabaña de Benito Haligan, oyeron á éste que con voz cavernosa cantaba la oración de los agonizantes.

Al llegar á la puerta del castillo se separaron, entrando cada uno por distinto punto.

El baile continuaba animado, presidido entonces por Marta, que había vuelto á aparecer dando buenas noticias del Angel.

Su rostro estaba aún muy pálido, pero el esfuerzo que hacía daba á sus nobles facciones cierta apariencia de regularidad.

Enrique y Roger habían entrado juntos al salón, casi al mismo tiempo que Roberto, Pontalés y Macrocéfalo.

Mientras que estos últimos afectaban saludar al paso, como gentes á quien hace mucho tiempo que no se las ve, Enrique y Roger recorrían con miradas tristes los grupos animados de bailarines.

—Tampoco están aquí—dijo Roger lanzando un suspiro.—¡Dos horas de ausencia en un baile!

La fisonomía de Enrique era triste y pensativa.

—Ya no las volveremos á ver esta noche—murmuró,—y es forzoso que esté en Redón mañana al apuntar el día... ¿Quieres encargarte para con ellas de mi último encargo?

—Antes de partir puedes verla aún.

El joven pintor movió la cabeza.

—Sería un momento cruel—dijo.—Las horas de reposo son para ellas cortas y raras; ¿por qué turbárselo? Roger, cuando la veas dile que la amo, que nunca amaré á otra mujer más que á ella, y que quisiera verla muy feliz aun á costa de mi felicidad.

Su voz temblaba.

—Le diré—dijo Roger estrechándole la mano—que eres el hombre más leal que hay en el universo; le diré que tal vez tienes la fortuna en tus pinceles, y que si Dios quiere bendecir tu trabajo, volverás á Bretaña para darle tu mano.

(Continuará.)